

CRISIS Y RECUPERACION DE LA CULTURA

SUMARIO: 1. El porqué del planteo del problema de la cultura en nuestro tiempo. — 2. Esencia y planos de la cultura. — 3. Al centrar su ser y su vida en la verdad y bien trascendentes y divinos, el teocentrismo medioeval logró una visión cabal de la cultura. — 4. Logrando la consecución de algunos aspectos secundarios de la cultura, el antropocentrismo moderno la ha desarticulado sustancialmente de sus valores absolutos trascendentes y ha conducido al hombre a una vida inhumana. — 5. Esta crisis actual del hombre y de su vida y de su cultura sólo puede ser superada con la reconquista de la verdad, de la bondad y del ser trascendente y, en definitiva, de la Verdad, Bondad y Ser divinos, que dan consistencia y sentido a las mismas.

1. Ninguna época como la nuestra se ha planteado con tan insistente preocupación ni ha buscado con más ansias la solución del problema de la cultura en sus múltiples aspectos.

Ello es debido sin duda a que en el dominio del arte, de la ciencia y, en general, de todas las manifestaciones del espíritu humano, la época de reflexión crítica sigue a las grandes épocas de creación, máxime cuando tales bienes han perecido o están seriamente amenazados de muerte.

La época actual se plantea el problema de la cultura, precisamente porque nunca como ahora ésta se ha encontrado en tan mortal peligro de extinción.

2. La cultura es el desarrollo armónico y jerárquico del hombre en sus diversos aspectos, bajo la hegemonía de su vida específica espiritual, en su propio ser y en las cosas que lo circundan. La cultura es el resultado de la conjunción de la naturaleza del hombre y de las cosas, tal como es dada, y de la acción espiritual modificadora del hombre sobre ella para el logro de los fines específicamente humanos. Bajo la dirección de la inteligencia, que se los propone, la voluntad libre, por sí misma o mediante la facultades a ella subordinadas y con los instrumentos que con éstas se elabora, modifica el propio ser humano en su actividad espiritual intelectual y volitiva y en sus zonas psíquicas, vital y corpórea inferiores, y el ser de las cosas materiales exteriores, imprimiendo en ellos el sello del espíritu, de su *intención*, para ordenarlos al servicio inmediato o mediato de la propia vida espiritual. Consiste en una humanización del hombre y de las cosas para mejor hacerlas servir al propio bien

del hombre. Tal labor de cultivo o desarrollo espiritual del hombre y de las cosas bajo la dirección y la impronta del espíritu es un enriquecimiento humano, una extensión del dominio del hombre sobre sí y sobre las cosas, puesto al servicio del propio bien espiritual específicamente humano. Modificando el ser material y el propio ser espiritual con una intención espiritual, el hombre logra mejor someterlos y ordenarlos a su propio y específico desenvolvimiento.

Es así como surgen los frutos de la cultura en la triple dimensión: 1) de la actividad intelectual o de *contemplación*: las ciencias y la Filosofía; 2) de la actividad volitiva de la *moral*, previamente planeada por la inteligencia; y 3) de la actividad *técnico-artística* de las facultades ejecutivas bajo la dirección de la inteligencia práctica. La obra de la naturaleza material y espiritual, tal como es dada, es transformada en esta triple dimensión mediante la intervención y modificación del espíritu en orden a la consecución de determinados bienes, encaminados, en definitiva, al bien específico del hombre.

Semejante obra de iluminación y transformación espiritual de lo natural, en que consiste la cultura, ha de realizarse de un modo jerárquico, de tal manera que los bienes culturales de la técnica y del arte se subordinen a los de la moral y éstos, a su vez, a los de la contemplación. Porque el hombre alcanza su perfección plena —imperfectamente en este mundo y perfectamente en la eternidad— por la vía de contemplación intelectual o de aprehensión del ser trascendente, sobrenatural en la presente economía cristiana. Toda la cultura se encamina, en definitiva, al servicio de la verdad, que, plenamente alcanzada, pone al hombre en el ápice y término mismo de su intrínseca perfección.

Y como quiera que ese ser trascendente, a que el hombre aspira como al bien cuya posesión le confiere su propia plenitud, no es, en última instancia, sino el Ser —verdad y Bien— infinito, Dios; y, como por otra parte, los bienes de la cultura se ordenan inmediata o mediatamente al bien específico y supremo del hombre; síguese que la obra de perfeccionamiento humano, la *cultura o humanismo* auténtico, cobran explicación cumplida desde esta actividad contemplativa o aprehensiva espiritual de Dios y, en definitiva, desde Dios mismo, verdadera clave de bóveda, que ontológicamente sostiene y da sentido al ser y vida espiritual del hombre y, a través de éstos, a toda su proyección o encarnación cultural. De aquí que haya podido afirmar Santo Tomás que toda la vida de la ciudad, en una sociedad políticamente bien organizada, se ordene a servir a la contemplación de los santos, porque los santos son quienes más plenamente alcanzan la perfección de la vida humana en el tiempo y en la eternidad.

3. La Edad Media realizó, hasta cierto grado al menos, un ideal de auténtica cultura humana y cristiana. El ideal de la vida cristiana —eminente humano— intensamente amado y vivido dio estructura propia a todas las formas de la vida cultural. La Edad Media realizó vigorosamente esta cultura, sin plantearse reflexivamente como problema, casi sin proponérsela siquiera. Fue una época de creación, en que la cultura resultó “por añadidura” de una intensa vida espiritual alimentada por las verdades y por los me-

dios sobrenaturales cristianos. Buscando “el Reino de Dios y su Justicia”, anhelando alcanzar el ápice supremo y transtemporal de la posesión beatífica de Dios y preparándose en el tiempo para su consecución, el hombre medioeval organizó cristianamente —y, por eso mismo y a fortiori humanamente— su vida terrena en sus múltiples manifestaciones, con la consiguiente cultura. El arte, la moral, la organización social, familiar, gremial y política, la ciencia, la Filosofía y la Teología, en su rica complejidad y coherente unidad, brotaron de aquella forma cristiana de vida y, en suprema instancia, de la verdad misma e ideales cristianos, que desde la trascendencia divina la alimentaron y dieron estructura.

Centrada la vida espiritual humana —y por ella el hombre mismo— en la realidad trascendente y, en definitiva, en Dios —su verdadero objeto, que nutre y da sentido a su propio ser— la cultura resultante de tan auténtico desarrollo de la actividad específicamente humana —precisamente porque es más humana: *cristiana*— se realizó también de acuerdo a las genuinas exigencias del ser del hombre. Al orientar la vida y ser humanos fuera y más allá de sí, hacia la trascendencia óntica y divina, la concepción onto y teocéntrica medioeval afianzaba y desarrollaba los más auténticos bienes humanos, acrecentaba la más genuina cultura y humanismo; precisamente porque el bien del hombre no es ni está en el hombre mismo, sino que le viene de la verdad y bien trascendente, cuya conquista progresiva, hasta alcanzar la Verdad y bien divinos, van perfeccionando, hasta su actualización plena, el propio ser y vida humana. Únicamente saliendo de sí, en la trascendencia objetiva de su actividad espiritual, el hombre encuentra la realidad divina, que actualiza y da plenitud a su realidad finita, hecha y proyectada al Ser infinito.

Tal fue cabalmente la ubicación en que típicamente se colocó el hombre medioeval.

4. La Edad Moderna, en cambio, en un proceso de ensimismamiento, paso a paso fue alejándose y perdiendo el ser trascendente, también el de Dios, para acabar vaciándose de su propio ser personal, hasta diluir todo ser en una inmanencia impersonal de tipo trascendental.

Iniciado este proceso como un movimiento de independencia y superioridad del hombre frente al ser trascendente, como una conquista del propio hombre y de su conciencia personal, en una palabra, como un *antropocentrismo* opuesto al *onto* y *teocentrismo* medioeval, la verdad es que paradójicamente, pero por una dialéctica interna, estos principios, precisamente porque eran falsos, han acabado destruyendo el propio ser del hombre y deformando su cultura hasta colocarlo en la dolorosa encrucijada actual, en que toda la cultura, las instituciones humanas y la vida espiritual y aun la misma existencia del hombre sobre la tierra están amenazadas de muerte.

Al hacer al hombre meta y fin de sí mismo, centro de su propia actividad, la Edad Moderna asentaba un principio falso y destructor del propio ser y vida humanos y de su proyección cultural sobre sí y sobre el mundo. So color de humanismo, afirmaba el principio más inhumano y antihumano.

En el primer momento de este proceso, el hombre logró conquistar un bienestar material y algunos bienes subalternos —en el orden estético y científico, principalmente— que lo hicieron creer en la bondad de su nueva concepción de la vida, máxime que los beneficios espirituales de la anterior concepción perduraron durante tiempo y siguieron ejerciendo su influencia, aun después de suplantado el teocentrismo por el antropocentrismo, cuyos frutos también demoraron en madurar plenamente. Pero la verdad es que la mala simiente estaba echada y la cosecha de sus frutos sólo era cuestión de tiempo. Aquellos bienes o valores materiales, científicos y artísticos, con que en el Renacimiento se manifestó la nueva *Weltanschauung*, no habían de lograrse sino a costa de los bienes superiores del espíritu, que encaminan el ser y la vida humana misma hacia su verdadera meta trascendente; perdida la cual y vuelto el hombre sobre sí mismo, *contra naturam*, había de ir deformando paulatinamente su propio ser y actividad, y aun el de aquellos bienes inicialmente logrados. Sin el ser trascendente de Dios, se perdió la norma suprema de la actividad humana, el plan mismo de su ordenación.

Bajo un aparente e ilusorio humanismo —el hombre exclusivamente para el hombre— se emprendió la empresa de deshumanización del hombre, precisamente porque, según ya anotamos, sólo saliendo de sí en dirección al bien trascendente y divino, que colme infinitamente su propia finitud, el hombre puede acrecentarse como hombre: *humanizarse*. Toda dirección opuesta a ésta connatural del espíritu humano, así haya nacido para enaltecer al hombre, inexorablemente acaba contra el hombre. La naturaleza humana, como toda naturaleza, es obra y expresión de la ordenación divina. Y la obra de Dios no puede ser impunemente desconocida y contradicha.

Los bienes culturales, si bien continuaron siendo cultivados y más que antes en no pocos sectores —científico, estético y técnico, por ejemplo— arrancados de su unidad jerárquica humana, desarticulados del fin supremo trascendente y de la dirección auténtica de la vida y ser del hombre, perdieron también su sentido esencialmente humano, para acabar contra el propio hombre convertidos en *inhumanos*.

Ha surgido así una desorbitación y desintegración de la cultura y de sus bienes: una técnica, un arte, una ciencia, extraordinarias en sí mismas, pero que atentan contra el propio bien y ser espiritual y hasta material del hombre y que amenazan aniquilarlo en todos sus aspectos.

No sometido el hombre a las exigencias esenciales de su vida específica, en el acatamiento de un Ser trascendente divino, al que convergen todas las aristas de la actividad de la vida humana y de sus bienes culturales, como a su Bien supremo, en cuya luz todos los aspectos del hombre cobran su exacto sentido y medida, las múltiples facetas del hombre y de su cultura se desarticulan y disgregan y se desarrollan monstruosamente de una manera *a-humana*, para acabar en *inhumana* y *antihumana*.

5. Tal la crisis por que atraviesa la cultura actual en sus diferentes realizaciones de la técnica, del arte, de la ciencia y de la Filosofía. Ha perdido su sentido primordial, porque ha sido despojada de su esencial sometimiento al

hombre, porque ha perdido su precisa ubicación en cada caso dentro de la unidad armónica del hombre.

Y ha perdido este sentido humano, que le es esencial, porque el hombre mismo ha perdido de vista su auténtico y definitivo bien trascendente que da sentido y organización a su vida en los diferentes aspectos dentro de su órbita y ubicación dentro de su unidad esencial. Porque se ha desarticulado de su meta trascendente divina, la actividad humana se ha desorganizado y aniquilado, y la cultura, como proyección suya, se ha vuelto contra su propio autor, perdiendo su subordinación a éste: se ha deshumanizado e inhumanizado.

La crisis de la cultura depende de una crisis del hombre y de la moral, y ésta a su vez de una crisis del ser. En la raíz última de la crisis actual, hay una crisis de la Metafísica, que determina la crisis antropológica y ética, la cual a su vez determina la crisis de la cultura.

Es inútil querer reorganizar la cultura desde la cultura misma; como es inútil querer reorganizar al hombre mismo. Es inútil porque es imposible. Tal actitud implica un desconocimiento y una deformación del ser y vida humanos, cuyo bien y meta supremos están más allá del hombre.

La cultura no saldrá de su crisis, no recobrará su sentido esencial, si no es integrada en una concepción antropológica ajustada a las exigencias de la verdad en un genuino *humanismo*; el cual a su vez sólo puede afianzarse y desarrollarse con la verdad y el bien del ser trascendente y, en última instancia, del Ser divino.

Misión primordial de la Filosofía es señalar con claridad y decisión los pasos de esa reconstrucción del hombre y de su cultura. Tratándose de tan urgente y tan importante empresa, ha de repetirse ella con insistencia una y otra vez —*oportune et importune*— ese llamado a la cordura: a someterse a la verdadera concepción teocéntrica del hombre y de su vida, la cual, al ordenarlo hacia el Ser trascendente —Verdad y Bien— de acuerdo a sus exigencias esenciales, lo coloca también y por eso mismo, en el sendero de la recuperación de sí y de su cultura y en dirección hacia su propia plenitud más allá de la muerte.

Todo intento de recuperación de la cultura —como de cualquier otro bien humano— ha de comenzar por la recuperación de la inteligencia, la cual a su vez no puede alcanzarse sin la conquista del ser o verdad ontológica que la ilumina y organiza desde la trascendencia. Tal recuperación de la verdad para iluminar con ella —a través de la inteligencia— el sendero de la realización de la cultura, debe comenzar por esclarecer el ser del hombre y de su vida, por fundamentar una concepción antropológica y ética, un auténtico humanismo, que a su vez sólo se podrá establecer sólidamente mediante una reorganización de una concepción teocéntrica del hombre y de su vida desde una recuperación integral de la Metafísica y, en la situación concreta sobrenatural de ésta, también y sobre todo de la Teología.

Vale decir, que si la crisis de la cultura depende de una crisis antropológica y ética, y ésta a su vez de una crisis metafísica y teológica, el camino de

recuperación de la cultura —cuyos pasos fundamentales toca a la Filosofía señalar— deberá emprenderse por una recuperación de una auténtica Metafísica y Teología, a fin de recuperar a la luz de su verdad una auténtica Antropología y Ética, desde las cuales se podrá reconstruir sólidamente las bases y el desarrollo de la cultura, como una proyección de las exigencias esenciales y existenciales del hombre tal cual realmente es y tal cual debe ser.

CAPITULO XVI EL DRAMA DE EUROPA

SUMARIO: 1. El cuerpo de Europa. — 2. El humanismo greco-latino-cristiano, alma de Europa. — 3. La formación del humanismo europeo. — 4. El humanismo europeo. — 5. La corrupción del espíritu europeo. — 6. El drama de Europa. — 7. Hacia la solución. — 8. La responsabilidad de América.

1. Se puede decir que Europa tiene un cuerpo y un alma. Su cuerpo está constituido primera y fundamentalmente por su propia naturaleza: sus campiñas, montañas y ríos, sus diferentes configuraciones de terreno, clima, etc. Esta naturaleza de Europa reúne un variado conjunto de factores geográficos tan ricos, armónicos y bellos, que la hacen una de las regiones mejores dotadas de la tierra —si no la mejor de todas— para el desarrollo de la vida material y espiritual del hombre.

Esa naturaleza, sin embargo, no es sino la base material de su auténtico cuerpo organizado. El hombre la ha transformado hasta convertirla en un cuerpo magnífico para hacerla servir a su propio provecho. Mientras otras regiones, como Asia, Africa y América, conservan inmensas regiones inexploradas o apenas habitadas y conocidas por el hombre donde, por eso mismo, prevalece y existe más la *naturaleza* pura, en Europa nada o casi nada queda en casi estado natural. El hombre con su espíritu, mediante su actividad artístico-técnica, la ha *transformado* casi totalmente, hasta el punto de que apenas si queda lugar que no haya sido modificado y cargado de sentido espiritual o que, por lo menos, no lleve algún vestigio humano. Con un esfuerzo continuado y gigantesco el hombre ha ido sometiendo a su imperio, palmo a palmo, todos los dominios de la naturaleza; sus campos y montañas, sus ríos y lagos, y hasta sus mismas entrañas subterráneas, de modo que apenas se puede encontrar un rincón donde el hombre no haya dejado la impronta de su espíritu. Bastaría evocar como símbolo de esa lucha titánica y milenaria del espíritu con la naturaleza, esos montes escarpados que la mano del hombre ha ido conquistando progresivamente, organizando sus cultivos y parcelas escalonadas desde sus valles y laderas hacia su cumbre, rematadas muchas veces con verdes bosques.